

sesión octava, la cual se dirigió hasta el mes de diciembre (1). En este intermedio experimentó la Francia nuevas calamidades, las que, juntas con la prudente conducta y habilidad del Papa, acabaron de vencer la resistencia del rey. Obstinándose Luis en recobrar el Milanesado, se había unido con aquellos mismos venecianos á quienes había querido destruir, y en efecto le faltó poco para arruinarlos: tan grande es el imperio que ejerce la política aun en los mejores príncipes (a). Animados los franceses de su acostumbrado ardor, fueron conquistadores luego que llegaron al país que se proponían conquistar. Génova volvió á abrirles las puertas, Milan y casi todas las ciudades comprendidas en este Estado siguieron á pórfa el mismo ejemplo. Alviani, que mandaba el ejército veneciano, hizo unos progresos casi tan rápidos en el resto de la Lombardia; pero una sola expedición marchitó todos estos laureles, y con ellos se perdieron todas las tierras donde se habían cogido. La batalla que ganaron cerca de Novara los suizos, asombrados de su propio triunfo, convirtió la orgullosa imprudencia de los franceses en un terror pánico, que los obligó á pasar los montes en el mayor desorden, y á huir llenos de consternación al seno de su patria. Habiendo quedado solos los venecianos, fueron rechazados de puesto en puesto, y derrotados finalmente cerca de Vicenza por los españoles. El nuevo Papa, que quería tener á Luis XII por amigo al otro lado de los

(1) Conc. t. 14, p. 436 etc. (a) Así se expresa el autor porque habla de Luis XII, que diferente lenguaje usó y usa en casos parecidos cuando habla de Fernando el Católico. Entonces le apellida *pérfido*, *alma esencialmente falsa*, *aliado venal*, etc.; por lo visto lo que podía hacer Luis XII ó al menos era excusable en él, sería una perfidia, una falsía, una traición en Fernando el Católico. Ya se ve aquel era francés y este era español, y á pesar de todos los ardides de aquel supo este frustrarle sus proyectos. (N. del E.)

montes, pero no á las puertas de Roma, no trató de oponerse á sus enemigos, antes bien favoreció, aunque con gran reserva, á todos los aliados de su predecesor que se habían declarado contra la Francia. Por lo interior de este reino penetró otro ejército suizo, hasta el centro de Borgoña, y sitió á la capital. El rey de Inglaterra adquirió mucha fama en la batalla, ó por mejor decir, en la derrota de Guinegato á la que se dió el nombre de *batalla de las espuelas*, para insultar á la caballería francesa, que había hecho mas uso de ellas que de las armas. Este príncipe y el emperador coaligados se apoderaron despues de Terouane y de Tournai (1513).

Tanto número de desgracias acumuladas en el espacio de cuatro ó cinco meses, obligaron al rey á abreviar sus negociaciones con este Pontífice y con el concilio de Letran. Fué enviado á Roma el obispo de Marsella, Claudio de Seissel, hombre ténido en grande opinion de habilidad y talento, no á ofrecer satisfacciones, sino á desaprobar el concilio de Pisa y adherirse al de Letran. Se habían conocido ya los deseos del Papa, y le causaron tanto gozo estas ofertas, que se encargó de rehabilitar inmediatamente á los cardenales de Carvajal y de San Severino, que estaban presos en Civita-vecchia. Dispuso pues que pasasen á Roma en secreto á fin de evitar las quejas de algunos cardenales mas severos; y habiendo atraído á su modo de pensar á los demás individuos del Sacro Colegio, los introdujo de noche en el palacio del Vaticano. Al otro dia se presentaron en el consistorio con hábitos morados, como si fuesen unos simples sacerdotes, se pusieron de rodillas y leyeron un escrito, por el cual renunciaban el cisma, condenaban todas las actas del concilio de Pisa, aprobaban las del concilio de Letran, y confesaban que habían sido separados justamente del número de los cardenales. Les dió

el Papa la absolucion, los restableció en la comunión de la Iglesia, y en su primera dignidad, y luego les impuso por penitencia que ayunasen un dia á la semana toda su vida. Se quitaron pues los hábitos morados, y el maestro de ceremonias les vistió la púrpura. De los otros tres cardenales fautores del concilio de Pisa, habia fallecido ya Francisco de Borja, y la reconciliacion de Prie y de Brizonnet fué comprendida en la del rey su amo, sin necesidad de que pasasen á Roma.

Se hizo solemnemente esta última reconciliacion el dia 17 de diciembre en la sesión octava, habiendo dado antes las disposiciones necesarias. Presentaron los embajadores del rey una declaracion formal, en que decía este príncipe, que habiendo cesado todo motivo de desconfianza con la muerte del Papa Julio, y considerando que el emperador y algunos cardenales, despues de haber sostenido el concilio de Pisa, se habían separado de él y adherido al de Letran, se sujetaba él mismo á las advertencias del Papa Leon, renunciaba aquella primera asamblea, mirándola como un conciliábulo, admitia al de Letran como único concilio legítimo, y prometia disolver en el término de un mes el conciliábulo que continuaba todavía en Lyon. Prometió tambien enviar al Papa seis prelados y cuatro doctores de los que habían asistido á él, á fin de que pidiesen la absolucion para sí y para sus cómplices (1).

Leida esta declaracion, el proto notario Caraccioli y el orador ó embajador de Maximiliano Sforzia pidieron se impidiese al rey de Francia tomar el titulo de duque de Milan en sus edictos y manifiestos, supuesto que el restablecimiento de Maximiliano en aquel ducado era obra de la Santa Sede. El obispo de Marsella, embajador del rey, replicó in-

(1) Conc. Hard. t. 9, p. 1709 etc.

mediatamente, é hizo ver cuán inoportuna era semejante solicitud atendiendo al tiempo y al lugar en que se instauraba. Lo conoció así el Papa, y respondió con su ordinaria prudencia, que debia dejarse el asunto en el estado en que se hallaba sin perjuicio de las partes interesadas. Apenas se acabó este altercado, cuando uno de los procuradores del concilio presentó al Sumo Pontífice un recurso concebido en términos muy fuertes contra lo que se llamaba en Provenza derecho de pase, esto es, contra la costumbre que tenia el parlamento de aquella provincia de no permitir la egecucion de las letras apostólicas, especialmente de las que eran relativas á la provision de beneficios, hasta haberlas examinado y añadido á ellas su decreto aprobatorio. El Papa y el concilio no hicieron tampoco sobre este punto mas que una simple monicion, citando al parlamento para que compareciese en Roma en el espacio de tres meses, cuyo término se prorogó despues por mas de un año; pero solo despues de morir Luis XII, y haber convenido su sucesor con Leon X, en otros artículos mucho mas interesantes para toda la nacion, solo entonces fué cuando el parlamento de Provenza desistió, al menos por cierto tiempo, de la costumbre que miraba aquel Pontífice como injuriosa en su persona al Padre comun de los fieles.

Afligido Luis XII con tantos reveses como había experimentado en el discurso del año 1513, se mostró aun mas sensible á la muerte de la reina Ana, que sucedió á principios del año siguiente. Se vistió de luto, estuvo encerrado algunos dias sin ver á nadie, y mandó que saliesen de la corte todos los bufones y comediantes. Era acreedora la reina á estas demostraciones por su talento y grandeza de alma, por su piedad, por su caridad generosa y compasiva, y por el celo con que promovió los progresos de

las letras. Tuvo sin embargo algunos vicios de carácter ó de genio que dieron en que entender aun al rey su marido. Pero Luis, padre del pueblo, no por eso dejaba de ser buen esposo, y solia decir hablando de la reina: «¿Qué hemos de hacer? Pues que tiene las virtudes propias de su sexo, es necesario disimularla sus defectos.» No obstante, debemos advertir que cuando esta princesa se dejaba llevar de su genio reparaba luego su falta con una generosidad extraordinaria y con una prontitud que, por decirlo así, hacía excusables aquellos primeros movimientos. Suplicó á su confesor que no la absolviese antes, y no llevaba á mal que la reprendiesen en tales casos algunas otras personas. Su antipatia constante á la condesa de Angulema es uno de los lunares mas considerables que se notan en su vida, pues hizo todo lo posible para impedir el matrimonio de la princesa Claudia, su hija mayor, con el heredero presuntivo de la corona, y si cedió en este punto fué por las grandes y repetidas instancias que la hicieron los Estados ó cortes del reino movidos del interés esencial que les resultaba de aquel enlace.

Agoviado el rey con el peso de las calamidades, lleno de sinsabores, de pesadumbres y reducido al último apuro, recurrió á las negociaciones; pero aunque sus tratados le dieron algun desahogo, no le fueron en realidad mas ventajosos que sus guerras. El haberse separado del concilio de Pisa, le reconcilió hasta cierto punto con el Papa Leon, el cual trabajó con mas disimulo, pero no con menos eficacia, para contener á los franceses al otro lado de los montes. Renata, su hija segunda, dotada con el ducado de Milan, y prometida en matrimonio al nieto de Fernando el Católico, sirvió para confirmar una tregua con este monarca. Para atraer á su partido al rey de Inglaterra, se casó con su hermana, llamada Marta,

despues de un año de viudez; matrimonio aun mas deplorable que la cruel separacion que le ocasionaba! Luis, que tenia ya cincuenta y tres años, y estaba tan quebrantado de salud, que necesitaba un régimen particular y tratarse con mucha delicadeza, encontró la muerte al lado de su nueva esposa en menos de tres meses. Por complacer á la reina alteró todo su método de vida. En vez de comer á las ocho, como solia hacerlo, debia haber comido al medio dia, y en vez de acostarse á las seis, se acostaba muchas veces á media noche. Murió en el primer dia del año 1515.

La memoria de Luis XII será siempre preciosa, á pesar de todas las calamidades de su reinado, de que muchas empresas suyas fueron temerarias y de que su conducta fué bastante equívoca en varias ocasiones. Se le reprende mas particularmente por haber colmado de bienes á la familia de Alejandro VI, y en especial á Cesar de Borja, y esto para con seguir repudiar á una princesa que en el reinado anterior habia sido causa de que se le restituyese la libertad; pero aquella separacion era un sacrificio que exigia el bien del Estado y la felicidad de sus vasallos, móvil de todas sus acciones y regla de sus pensamientos y hasta de sus mismos gustos. Nada deseó con mas ardor que llegar á hacer feliz á su pueblo, y si no lo consiguió disminuyendo mas de una mitad las contribuciones públicas, sin que le obligasen jamás á ponerlas en el estado antiguo los reveses que experimentó, se conocieron sus buenas disposiciones, y su nombre no por eso dejó de hacerse inmortal. ¡Tan cierto es que la gran virtud de un rey y el sólido fundamento de su gloria es el amor de su pueblo! El mejor panegirico de este príncipe son las palabras que decian llorando por las calles los habitantes de París: «Ha muerto el padre del pueblo, el rey Luis el bueno.» Respetó siempre la Religión, y

observó fielmente todas las obligaciones que impone luego que la reina Ana se hizo dueña de su corazon.

El duque de Valois, biznieto del primer duque de Orleans, abuelo del rey difunto, le sucedió á los veinte y un años de edad con el nombre de Francisco I. Tenia el título de duque de Valois desde que Luis XII añadió este ducado al condado de Angulema, que fué el primer estado de Francisco; y por esta razon se dió el nombre de Valois á los principes descendientes de él, aunque provenian de la rama de Orleans. No se dudó que continuaria las empresas de su predecesor, cuando con el título de rey de Francia tomó tambien el de duque de Milan, por parte de su mujer Claudia, princesa de Francia, que descendia, como su padre Luis XII, de Valentina Visconti. Al jóven monarca, lleno de fuego y de valor, y dotado de una fuerza extraordinaria y de una destreza igual en los ejercicios militares, no le lisonjeaba la potestad suprema sino en cuanto le proporcionaba medios para intentar y ejecutar grandes cosas. Sus inclinaciones generosas, su noble ingenuidad, su franqueza y modales afables le grangearon el amor de todos los grandes. Tenia tambien aquella estension y elevacion de talento que acompaña á la inclinacion á las letras y se aumenta con su cultivo. Con tantas bellas cualidades, no podia menos Francisco I de empezar una carrera brillante. Lo primero que hizo fué renovar y confirmar todas las alianzas de su predecesor, y entró inmediatamente en Italia, pasando por Saboya, que estaba entonces muy unida con la Francia, y por otra parte no tenia plazas fuertes que pudiesen estorbarle el paso. Al mismo tiempo logró que se pusiese á sus órdenes el general español Pedro Navarro, que despues del gran Gonzalo era reputado por el mejor militar de su siglo. Navarro se habia hecho particularmente célebre con la

invencion de las minas, de las cuales hizo el primer uso en Nápoles para el sitio del castillo del Huevo (a). A fin de proporcionarse el rey Francisco la suma de dinero que necesitaba, hizo venales los empleos de la judicatura por consejo del canciller de Prat, el cual le persuadió tambien que podia aumentar los impuestos, y cargar nuevas contribuciones sin auencia de las córtes, contra el órden antiguo del reino. Tales son los frutos del espíritu de conquista, aun cuando los reyes son buenos!

Antes de las hazañas de Francisco I, y aun antes del fallecimiento de Luis XII, se habia celebrado á 5 de mayo del año anterior la sesion nona del concilio de Letran, en la que se trató principalmente de la reforma, como tambien en la décima, por lo cual hablaremos de ambas juntamente. El Papa dió principio á ellas absolviendo á los prelados fautores del concilio de Pisa, los cuales trataban, segun la promesa del rey, de obedecer á la citacion romana, y estaban detenidos en el camino por temor de caer en manos de los enemigos de Francia; pero se les habia mandado que pasasen á Roma lo mas pronto que les fuese posible. Se hizo despues, para la reforma de la curia pontificia, un decreto muy extenso (1). Sus disposiciones mas notables se reducian á que no se eligiesen obispos antes de la edad de veintisiete años, ni abades antes de los veintidos; que no se depusiese á ningun prelado sin haber oido á las dos partes; que nadie

(a) Si un general francés se hubiera pasado á los españoles, siquiera fuese por la ingratitud de su rey, no dejarían Henrion-Bercástel de calificarle de traidor y de repetir sus denuestos contra Fernando; pero fué un español, fué aquel Navarro que pretendió rebelarse contra Cisneros cuando la toma de Oran, aquel Navarro á quien el mismo Henrion llamaba entonces (página 637) un soldado de fortuna, sin educacion, etc.; y hé ahí que ahora por haberse pasado á los franceses es ya digno de los elogios que de él hace aquí nuestro autor. ¡Lo que ciega el orgullo nacional!

(N. del E.)

(1) Conc. l. 13, p. 249, etc.

puédese ser trasladado contra su voluntad de un beneficio á otro; que solo se diesen en encomiendas en cuanto fuesen necesarias para conservar los derechos de la Santa Sede; que los curatos y las dignidades que no llegasen á doscientos ducados de renta no se diesen en encomienda, ni aun á los cardenales; que no se hiciese ninguna desmembración ni unión de iglesias sino por una causa razonable, expresada en el derecho; y en fin, que no se concediese dispensa para poseer mas de dos beneficios incompatibles. No se había llegado todavía á la regularidad primitiva, como lo acredita este último artículo; pero á lo menos se iban acercando á ella, y se preparaba el camino para aquella pureza de disciplina, cuya restauración estaba reservada á la sabiduría y á la autoridad indisputable del santo concilio de Trento.

En la sesión décima, celebrada á 4 de mayo de 1515, se examinó lo concerniente á los Montes de piedad para socorrer á las personas necesitadas, tomando la seguridad de quedarse interinamente con algunas prendas, que debían venderse si no se devolvía el dinero en el tiempo prefijado; y se decidió que semejantes préstamos no eran usurarios, porque todo lo que producían además del capital se invertía en la conservación de aquellos establecimientos (1). Manifestando después el concilio cuánto deseaba que se aumentasen los fondos de un modo absolutamente gratuito, nos dá á entender que, á pesar de su utilidad indubitable, no dejaban de tener también algún peligro, á lo menos por el ejemplo que se daba en ellos: porque en tratándose de codicia, es cosa averiguada que los mejores establecimientos están expuestos á imitaciones viciosas.

Por otro decreto relativo á la libertad eclesiástica y á la dignidad episcopal, se

(1) Conc. t. 15, p. 249 et seq.

manda que los cabildos exentos no puedan valerse de esta prerrogativa para vivir con menos regularidad, ni para eludir la corrección de sus superiores naturales; que aquellos á quienes la Santa Sede había dado esta comisión, usasen de vigilancia, y cuidasen de castigar á los delinquentes; que si dejasen de ejecutarlo, se lo advirtiesen en primer lugar los ordinarios; y que si después de esto no cumpliesen todavía con su obligación, les formasen causa los mismos ordinarios, y la remitiesen á Roma. Se permite á los obispos diocesanos visitar una vez al año los conventos de monjas sujetos inmediatamente á la Santa Sede; y se declaran nulas todas las exenciones que se concedan en lo sucesivo sin justas causas, y sin haber oído antes á las personas interesadas. En cuanto á los pleitos concernientes á los beneficios, si estos no son reservados, y su renta no pasa de veinte y cuatro ducados, se manda que se decidan en primera instancia por el ordinario, y que no se apele de esta decisión hasta que haya sentencia definitiva, á menos que una de las partes tema justamente el peso de la autoridad y del favor, ó tenga alguna razón equivalente, de la que pueda presentar una probanza semiplena distinta del juramento.

La renovación de las letras y la invención de la imprenta, que estaba ya estendida por todas partes, dió motivo á que se formase otro decreto. En él se prohíbe imprimir ningún libro sin que se examine primero en Roma por el vicario de Su Santidad y por el maestro del sacro palacio; y en los demás parajes por el obispo diocesano, ó por el inquisidor del distrito, los cuales pondrán en él su aprobación, firmada de propio puño, pena de excomunión, que se fulminará sin demora alguna. Hubo también, con motivo de la pragmática sanción, otra especie de decreto, que contenía una citación perentoria y final, cuyo término era el día primero

de octubre, para todos los obispos, abades y demas eclesiásticos de Francia implicados en aquel negocio; añadiendo, que pasando el tiempo prefijado, se procedería á dar sentencia definitiva, y serian condenadas como contumaces las personas interesadas; lo que se verificaría en la sesión siguiente.

Antes que llegase el término de esta amenaza, prosperaron en Italia las armas francesas de tal modo, que entró en mucho cuidado el Pontífice, que al fin iba tomando el tono de las amenazas. Después de haber prometido al rey que permanecería neutral en la guerra del Milanesado, acababa de coligarse contra él con el emperador, con el rey Católico, con el duque de Milan y con los suizos, y había hecho todo lo posible para separar de los franceses á los venecianos y á todos sus demas aliados. Despreciando el joven monarca todos los peligros, y desbaratando todas las tramas con su celeridad, atravesó los montes, y penetró hasta las puertas de Milan, antes que el ejército del Papa y el del rey Católico se hubiesen unido con los suizos, los cuales por lo tanto vinieron á hallarse en la precisión de defender casi por sí solos al duque Maximiliano Sforzia. No desmayaron por esto, antes bien estimulados de la esperanza de vencer ellos solos á un gran rey, viendo por otra parte que sus tropas, que pasaban de cuarenta mil hombres, se hallaban en estado de medirse con el ejército francés, que no era muy superior á ellas, y cediendo á las fuertes instancias del cardenal de Sion, entusiasta enemigo de los franceses, el cual no cesaba de traerles á la memoria el título, que tenían entonces bien merecido, de defensores de la Santa Sede, y la batalla de Novara, presentada con menos esperanzas y ganada con mas gloria, se acercaron tan confiados y resueltos como si fuesen á una victoria segura, aunque con poco ruido, y sin pífanos ni tambores á fin de sorpre-

der al enemigo y trabar prontamente la refriega con las tropas de á pié, porque tenían muy poca caballería. Apenas había entrado en acción el ejército del rey, cuando se precipitaron con furor adonde estaba su artillería, con ánimo de apoderarse de ella y de asestarla luego contra la caballería francesa. El condestable que mandaba la vanguardia sostuvo su impetu hasta que acudió el rey á socorrerle con el cuerpo de batalla. Dando ejemplo á todos el joven é intrépido monarca, quería que le conociesen por la cota que llevaba, sembrada de flores de lis de oro, y por la corona que sobresalía por encima del morrion. Acometió, yendo delante de sus tropas de caballería, penetró hasta el centro de los batallones, hizo en ellos una carnicería horrible y recibió muchos golpes que no pasaron de la armadura que le defendía. Fué muy sangriento el combate, pues llegó á hacerse general, peleando todos con valor y obstinación. Después de cinco horas de pelea se retiraron los combatientes, porque la oscuridad de la noche no les permitía conocerse unos á otros. Hubo pues una suspensión que cesó muy en breve, como que era violenta y forzada por una y otra parte. El rey pasó la noche encima de una cureña, sin quitarse las armas, y durmió con una seguridad profunda un sueño tan digno de un héroe como el lecho que había escogido.

Al despuntar el día empezó de nuevo la batalla con mas furia que el día anterior, y duró cuatro horas sin que se decidiese todavía la victoria. En fin, desesperando los suizos de adelantar nada por el frente, hicieron un movimiento para embestir por la retaguardia. Entonces fueron desbaratados por el duque de Alenzon, y haciendo el rey en el mismo instante unos esfuerzos prodigiosos, los desbarató también por otro lado con ochocientos hombres de á caballo. Des-